

LOS INDIOS

La República Argentina, en la época en que los españoles hicieron su descubrimiento y empezaron la conquista de su territorio, estaba habitada por indios.

Éstos vivían en estado salvaje, alimentándose con el producto de la caza y de la pesca.

Con los cueros de los animales que cazaban, y con maderas construían sus chozas. Aprovechaban también los cueros y las plumas para confeccionar sus vestidos, que eran muy sencillos, pues andaban casi desnudos.



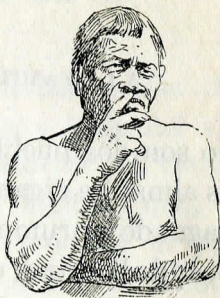
Se agrupaban a las órdenes de un jefe o cacique, constituyendo núcleos de familias con el nombre de tribus.

Eran por lo general errantes, esto es, cambiaban con frecuencia de residencia, caminando a lo largo de los ríos, internándose en las llanuras o en los valles.

Sus armas eran: el arco, las bolas arrojadizas y las lanzas, que manejaban con mucha destreza.

Los españoles trataban de **civilizar** a los indios y, si no lo conseguían, los perseguían **librando** con ellos terribles batallas.

Hoy en el territorio argentino quedan muy pocas tribus, en las gobernaciones del norte y en las del sud, hallándose la mayoría en estado **civilizado**.



Vocabulario: indio — indígena — salvaje — civilizado — antropófago — cacique — habitante primitivo — individuo errante — descubrir — explorar — conquistar — civilizar.

El Día de la Raza

LÁMANSE razas a los grandes grupos o familias humanas, de origen común e idéntica función histórica. Nosotros pertenecemos a la raza española, comprendiendo en tal dominación a España y Portugal, y a todos los pueblos que son hijos suyos y que forman actualmente en América diez y nueve naciones independientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela.

Para celebrar las virtudes de la estirpe, y propender a un acercamiento mayor de todos estos pueblos, se ha elegido el día 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, como Día de la Raza.

Es, efectivamente, el 12 de octubre de 1492, el día inicial de una gran epopeya, no igualada en los fastos de la historia. El descubrimiento de América y su conquista, ponen de relieve el temple de aquellos hombres casi legendarios, que arrostrando peligros sin cuento se internaban en el corazón desconocido y misterioso de América para arrancarle sus tesoros fabulosos y plantar en él el estandarte de su patria y el símbolo de su fe.

Seguramente, hijo mío, no habrás leído novela de aventuras, por fantástica que fuera, con más lances y episodios que las vidas de Colón, de Balboa, de Hernán Cortés, de

la Historia, pasarían por creaciones de una imaginación desordenada!

Pues bien; de ese temple eran los hombres, hasta los más oscuros, que enviaba España para fundar en estas tierras de América la raza nueva en que se perpetuarían las excelencias de la estirpe a través de los siglos.



Viviendas indígenas

Mirando una lámina sobre viviendas indígenas, se me ocurrió pensar en el cuento de los tres chanchitos.

¿Cómo se defenderían de los lobos y demás animales feroces, los habitantes de esas frágiles viviendas?

Unas, hechas con ramas y paja; otras, construídas con barro, a semejanza de los ranchos; las del sur, con cueros de caballos, pumas, guanacos y demás animales de la región; pero todas débiles e inseguras.

Sólo las casas de los indios del norte ofrecían verdadera protección. Como la del chanchito del cuento, éstaban hechas con piedras superpuestas.

Pero ahora sé que los indios ahuyentaban a las fieras por medio de grandes fogatas y ningún lobo feroz llegó a destruir sus viviendas.

VOCABULARIO: *Superpuestas*: colocadas unas sobre otras.—*Ahuyentar*: hacer huir a alguno.—*Fogata*: fuego hecho con leña u otro combustible que levanta llama.

DIBUJA una tolдерía indígena.



El sacrificio por la Patria

III

Cerremos, ahora, estas páginas con el recuerdo de un hecho que es también un gran ejemplo de sacrificio por la patria.

El 16 de abril de 1879, el general Julio A. Roca, ministro de guerra y marina bajo la presidencia de Avellaneda, salió de Buenos Aires al frente de su estado mayor y de su ejército dividido en cinco divisiones.

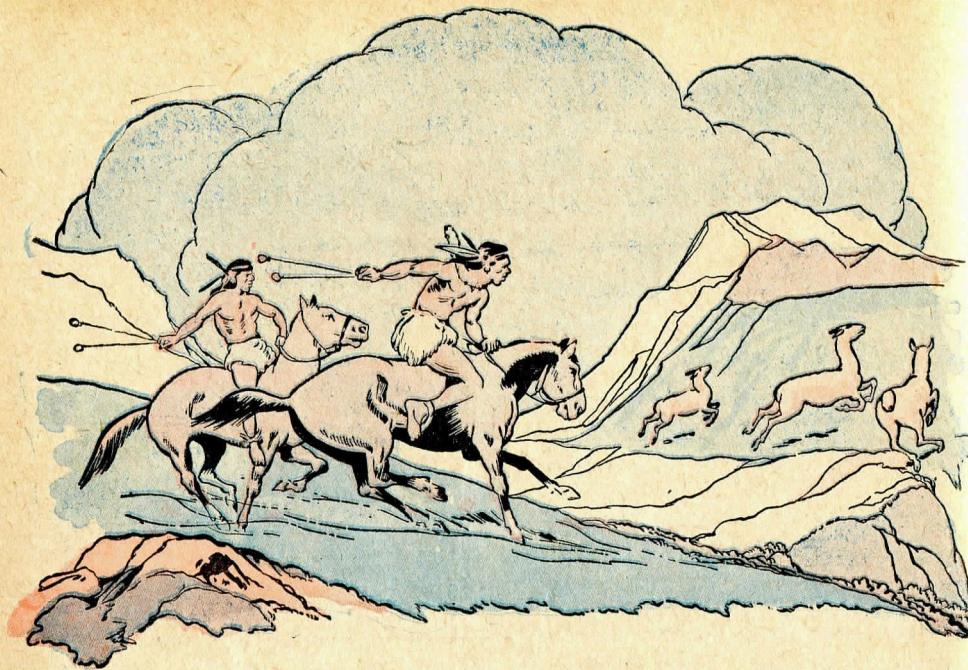
Los expedicionarios se dirigieron al Sur, “para someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a los salvajes que impedían ocupar definitivamente los territorios más ricos y fértiles de la República”.

Después de una marcha llena de vicisitudes por tierras de la Patagonia, y de librar frecuentes combates con los naturales, el general Roca sometió a catorce mil indios bravíos y los concentró en colonias indígenas para habituarlos al trabajo; libró del poder del indio a más de cuatrocientos cristianos que vivían como cautivos en las tolдерías y llevó al desierto los primeros progresos.

A su regreso, el general Roca elevó un parte al presidente Avellaneda, y en él decía: “Es satisfactorio avisar a Vuestra Excelencia, que toda la parte del desierto en que los indios ladrones se guarecían para invadir nuestras poblaciones, queda ya completa y definitivamente dominada por nuestras armas, desde las fronteras de Mendoza y Santa Fe hasta el río Negro, y desde los Andes hasta Buenos Aires”.

Recordemos que en todo monumento o estatua de prócer, de pensador o de artista, hay siempre el resumen de una vida consagrada a nuestro engrandecimiento y una lección de sacrificio por la patria.

Estudiemos con amor esas vidas y busquemos en cada una de ellas un ejemplo para levantar nuestra conducta.



El indio y el caballo.

Para el indio, el nuevo y desconocido animal que trajeron los españoles le resultó la adquisición más útil y preciosa que pudo imaginarse nunca.

El primer indio que se sintió seguro sobre el lomo de un potro, tuvo la sensación de ser el dueño de su libertad.

Ahora tenía bajo su dominio al desierto, que antes le oprimía con su inmensidad.

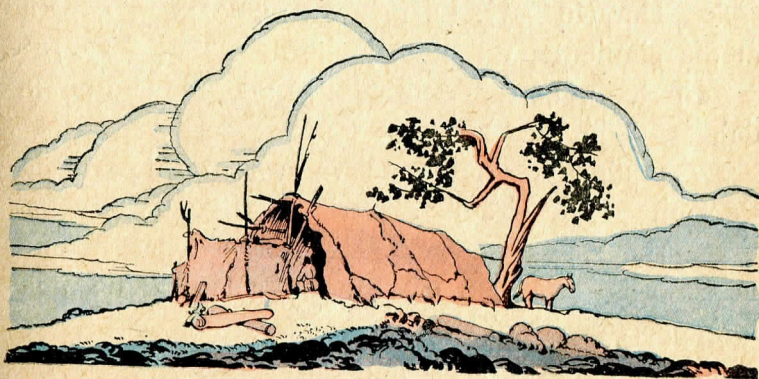
Con el caballo, el hijo de las llanuras argentinas no supo ya lo que eran las distancias, ni las terri-

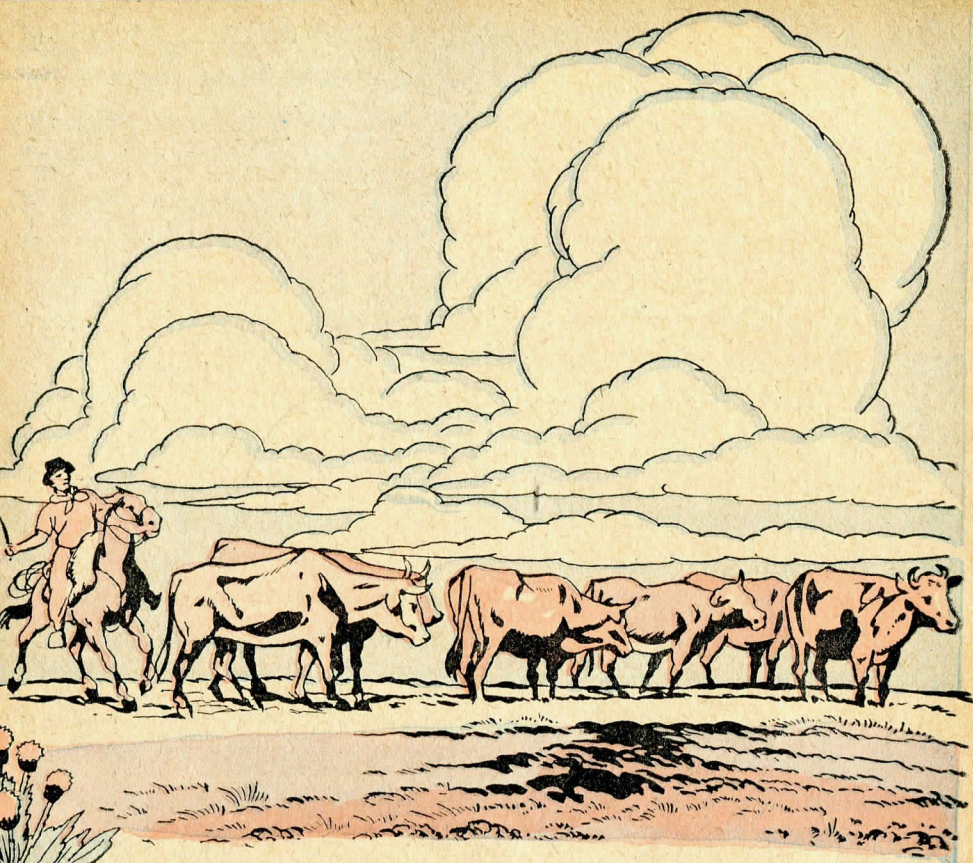
bles marchas a pie a través de centenares de leguas. La persecución y la caza del ciervo, el guanaco y el avestruz, animales sumamente veloces, se convirtieron en una diversión.

Si la utilidad del caballo fué manifiesta, como medio de movilidad y de carga, no paró allí su provecho: la carne de las yeguas constituyó la base de su alimentación, con el cuero de potro se construyó su toldo, hizo calzado con la piel de las patas y utilizó los huesos para el fogón.

Del caballo dependía la libertad y la existencia misma del indio, y nadie como él era capaz de apreciar lo que valía el noble animal y hacerle rendir todo el provecho posible.

Los caballos de los indios, sobre todo los de los famosos pampas, eran superiores en resistencia, ligereza y agilidad, a los de los mismos gauchos.





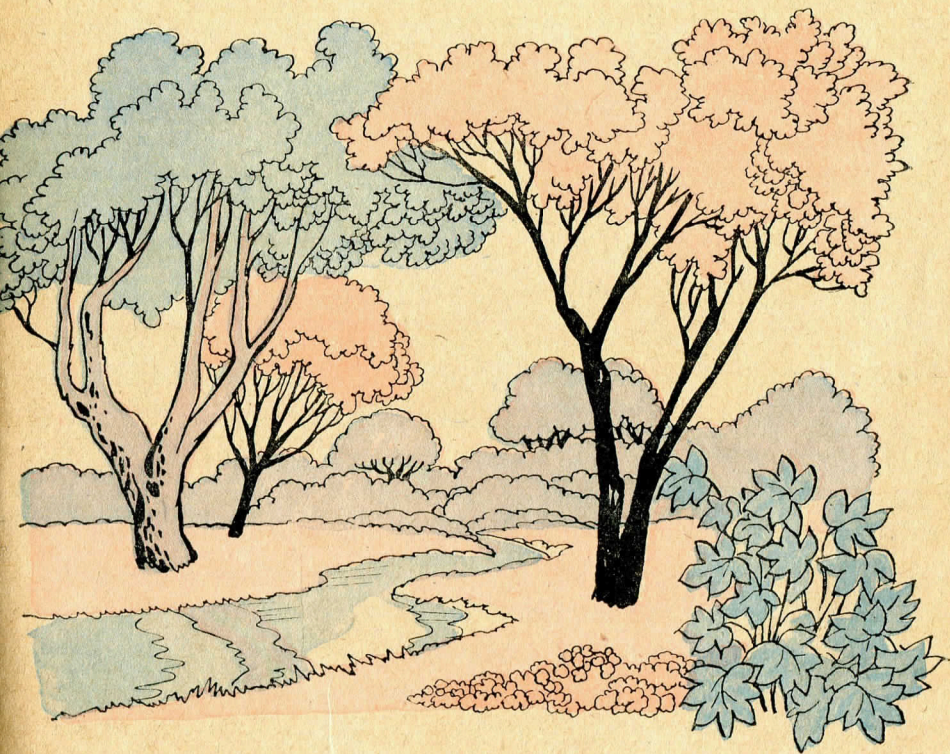
La provincia de Buenos Aires.

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

—Esa planicie inmensa, apenas ondulada por lomas reducidas y que sólo quiebran, hacia el Sur, las bellas sierras del Tandil, las de la Ventana, que escaló Darwin en 1834, y las del Volcán, como si la

tierra, cansada de reposar tendida, se alzara súbitamente en recios ademanes, esa pampa dilatada, con su suelo arcilloso en las costas, arenoso en el interior, salpicado por manchas de salitre, con depósitos calcáreos propicios a la agricultura, y que atesora también, en algunos sitios, canteras de mármol, granito, pizarra y piedras de pavimentación, posee, en general, una composición húmifera que hace fecunda la labor frumenticia. El clima benigno favorece todos los cultivos de la zona templada. Más de trescientos ríos y arroyos, seiscientas lagunas, aguas subterráneas de napas permanentes, lluvias copiosas, presérvanla de la maldición de la aridez. Tierras de pastoreo abastecen los ganados que las pueblan, y en las tierras de pan llevar, el trigo y el maíz desbordan generosamente como una bendición de Dios. La avena, el lino, el cáñamo y la alfalfa florecen allí de modo maravilloso, y bellos árboles diversos: duraznos, membrillos, ciruelos, perales, manzanos y guindos, brindan sus frutos sabrosos y abundantes. Las ricas pesquerías de Mar del Plata, de Bahía Blanca, Necochea y otros parajes de la costa, surten a la población de peces marítimos, mientras las lagunas de Guaminí y Chascomús suministran con largueza el pejerrey incomparable. Buenos Aires aparece como una vasta pradera donde la vida es más apacible y fácil que en muchas otras partes de la tierra, y se diría que

la naturaleza ha tendido allí ese verde tapiz inmenso para que pase sobre él una raza libre y feliz. El pampero, que viene de la Cordillera y va hacia el mar, fresco y seco, barre aquellas llanuras hoy pobladas y florecientes, donde en otro tiempo, junto a una fauna salvaje de guanacos, venados y aves-truces, reinó con bárbara majestad el hijo del desierto.



LOS INDIOS

En aquellos días en que los gauchos andaban de poncho y chiripá, y las gentes gastaban toda una hora mortal encerrando la tropilla, para coger al caballo en que ir a visitar a un amigo a media legua de distancia; en que los caballos eran asunto de interés principalísimo, la suprema ocupación y recreo de los hombres, y el ramo más floreciente de la literatura era pintar marcos en el suelo, los indios ocupaban mucho puesto en la vida del campo, allá en el sur.

La indiada del viejo cacique Catriel acampaba permanentemente en las afueras de Bahía Blanca; vivía en paz con sus vecinos, manteniendo relaciones a la callada con los indios bravos, los pampas, los ranqueles, los tehuelches y las demás tribus que tenían sus toldos al pie de los Andes, hasta el lago del Nahuel Huapí y hasta Choele-Choel; a las veces estallaban como el rayo de entre una nube en los campos de adentro, con la furia de un pampero que soplara del sur.

Sus incursiones seguían siempre los mismos caminos, bien conocidos de los gauchos, que las distinguían con el nombre de malones; unas veces entraban en la provincia de Buenos Aires pasando cerca de la villa de Tapalqué, por el gran des poblado que se extiende de Romero Grande a Cabeza de Buey, o por el paso, en la propia cumbre de la Sierra de la Ventana, llamada así por la extraña configuración de su apertura.

Alrededor de las tribus indias flotaba una atmósfera de leyenda y de terror. Cuando invadían las grandes estancias del sur, cabalgaban todos, con excepción de los jefes, en cueros

de carnero, y muchas veces en pelo, llevaban una lanza de tacuara, de cinco a seis varas de largo, con una tijera de trasquilar en la punta adherida al asta, ora con una cola de buey u otra guasca que dejaban secar y que se endurecía como el hierro, reteniendo contra la hoja un mechón de crin que dijérase ser de un pericráneo humano; a su paso huían los venados y los avestruces como vuela la espuma marina ante las ondas agitadas.

Cada guerrero llevaba un caballo de remuda, adiestrado, según el decir de aquellas partes, "a cabestrear a la par"; cabalgaban como demonios en las tinieblas, excitando a los caballos con la furia de la carga, y brincando los pequeños arroyos; los caballos escarcebaban en los pedregales como cabras, deslizándose por entre los pajonales con ruido de cañas pisoteadas; los jinetes se golpeaban la boca con las manos al lanzar sus alaridos prolongados y aterradores: ah... ah... a... a... a...

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

De *El Río de la Plata*. Editor Joaquín Gil. Buenos Aires, 1938.

ROBERTO CUNNINGHAME GRAHAM. Nació en Escocia en 1852, y como Hudson, de quien fué amigo, consagró su obra literaria a describir hermosísimamente el paisaje de nuestra pampa, donde residió durante los años de su juventud. Entre sus obras más conocidas se encuentran *Conquista del Río de la Plata* y *Caballos de la Conquista* y numerosos relatos sobre las viejas costumbres de nuestro campo. Murió en Buenos Aires en 1936.

El indio del desierto

Hace cuarenta y nueve años, las avanzadas de la civilización, situadas en parajes adonde hoy llega en pocas horas el tren, vivían bajo la amenaza permanente del salvaje.

Al caer la noche era difícil que un hombre de campo se entregara al sueño sin haber observado con recelo el oeste o el sur. Si notaba algún indicio sospechoso aplicaba con atención el oído a la tierra y si persistían sus dudas ataba cerca un caballo, cuyo instinto le hacía el mejor centinela. El animal no se equivocaba: daban la alarma con anticipación sobrada su relincho entrecortado y los golpes inquietos de sus cascos sobre el suelo, erguidas las orejas señalando el desierto y brillantes los ojos en la obscuridad, como si a través de la noche viera avanzar la horda.

En el corredor tradicional de nuestras estancias viejas, ¡cuántas veces un actor o testigo de la generación que se extingue ha tenido absorto a su auditorio refiriendo pormenores de la lucha desigual!; las noches en que el patrón dejaba las casas y salía a dormir escondido con sus hombres entre las matas del pasto puna; la marcha precipitada arreando a pecho de caballo la hacienda que se intentaba salvar; la huída a media rienda,

tropilla por delante, sintiendo a las espaldas los alaridos del indio...; el cuerpo a cuerpo a puñal y boleadoras o el entrevero a campo abierto, en que cada cristiano tenía frente a sí a más de un enemigo, porque ellos siempre aventajaban en número.

La lucha en las casas, cuando eran sorprendidos y rodeados, duraba lo que la munición, horas o días. Una polvareda lejana podía ser el socorro anhelado: sin embargo, ¡cuántas veces resultó refuerzo de la indiada! ... Hubo oportunidades en que la lucha de una y otra parte fué sin cuartel, de exterminio.

Era el indio un enemigo engañador: solía quedar se quieto, desaparecía por temporadas en el fondo de la pampa; entonces algún elegante porteño colgaba el frac y con el coraje de los treinta años salía a poblar hasta en los extremos de su provincia. Y cruzaban tranquilas el desierto las caravanas de los blancos, manteniendo las comunicaciones con el interior. Las tropas de carretas, medio de locomoción habitual, hasta para las familias que venían de las provincias en travesías



de meses, avanzaban paso a paso bajo el gobierno del capataz, especie de jefe de tribu nómada, bien llamado "piloto del Desierto". Pero se producía la invasión y el salvaje arrasaba con todo; él llevaba el ataque, mantenía la iniciativa en la lucha y marcaba límites al progreso substrayendo a su influjo miles de leguas de territorio.

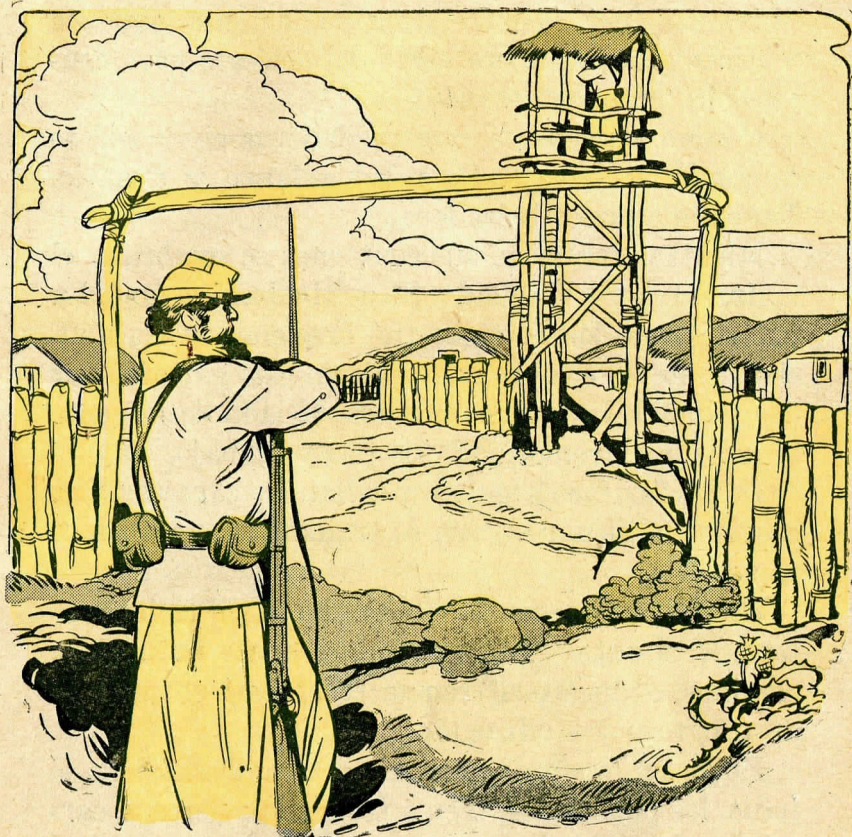
De *El indio del desierto*.
Ed. *Agencia General*, Bs. As., 1928.

DIONISIO SCHÓO LASTRA *

* Nació en Buenos Aires, en 1886. Fué secretario privado del general Roca. Por él pudo conocer lo que importó para el país la *conquista del desierto*. Le sedujo el tema y desglosó de otra obra de mayor aliento los capítulos que constituyen este libro y que, desde el punto de vista literario e histórico, es fundamental para el conocimiento del tema. *El indio del desierto* fué traducido al alemán. Anteriormente había publicado el autor, con el seudónimo de *Andruga*, una novela corta, titulada *Kotocha*.

La tristeza del campo

*Ya están ahí las carretas...
—Lo han dicho el pinar y el viento,
lo ha dicho la luna de oro,
lo han dicho el humo y el eco... —
Son las carretas que pasan
estas tardes, al sol puesto,
las carretas que se llevan
del monte los troncos muertos.*



LOS ORÍGENES DE MUCHAS CIUDADES BONAERENSES

Existen en la provincia de Buenos Aires muchas ciudades que han sido en sus comienzos fortines. Azul, Bahía Blanca, Dolores, Olavarría, Tandil,

Chivilcoy, fueron, entre otras poblaciones, aquellos fortines alzados en la soledad del desierto para contener los ataques del indio.

Desde esos centros, hoy verdaderas ciudades, se combatió al salvaje. Se peleó a lanza y a sable. También a lazo y boleadora.

Mientras tanto, en sus contornos se sembraba el maíz, el trigo y la cebada. Se cultivaba el campo. La población de los fortines fué creciendo y los gauchos pastores comenzaron a llevar sus ganados por la vecindad. Los indios mansos, al lado de la gente blanca, iniciaron su vida de paz y trabajo.

De los fortines llegaban y salían las carretas. Los caminos, al llegar el tren se transformó en un focuzarse.

Un día, atravesando el desierto, llegó la locomotora. Y si antes el fortín fué un cruce natural de caminos, al llegar el tren se transformó en un foco de progreso y civilización.

El fortín inició su comercio activo. Desalojado el indio, los pobladores, tren a tren, se pusieron a cargar los frutos de la tierra. Y así siguieron vendiendo y comprando, cargando bolsas y descargando mercaderías de retorno que el intercambio comercial iba volviendo más y más nobles.

Los trenes empezaron a traer pulidos muebles de la metrópoli. Al catre lo reemplazó pronto la cama; a la tirante lona, el mullido colchón. Se levantaron edificios. Se alhajaron las posadas. Rodeado de

bienestar, el hombre se sintió más fuerte. Se fundaron escuelas y se abrieron caminos.

Tales son los orígenes que tuvieron muchas ciudades importantes que ahora podemos señalar, con sano orgullo cívico, en el mapa de la provincia de Buenos Aires.



Fortines: pequeñas fortificaciones para la defensa de un ejército. — *Lazo*: cuerda trenzada de cuatro tientos de cuero vacuno, del grosor de un dedo, con una argolla de hierro en la punta para hacerla corrediza. Mide de diez y siete a veinte metros; en el campo tiene diversos usos. Los gauchos hicieron del lazo un arma ofensiva. — *Boleadoras*: arma ofensiva de dos o tres bolas de piedra u otra materia pesada, forradas de cuero de potro y sujetas a otras tantas tiras. Era un instrumento de caza y pelea.